

su posada: se le dió gusto, y pudo ir en su misma berlina. Sus Magestades se interesan vivamente por la salud del señor ministro: á uno de sus cirujanos han prevenido que le asista con el mayor esmero, sin apartarse de su lado ni de día, ni de noche. Por ahora los pronósticos de la ciencia son consoladores. ¡Dios haga que se restablezca pronto el señor Floridablanca! Imploremos de su infinita bondad esta gracia, y esperémosla de su misericordia.»

—Sí, sí clamaron todos.

—¿Pero quién será el delincuente?

—Forzoso es tener muy atravesada el alma para atentar á la vida de un hombre que no es capaz de desear mal á nadie.

—¡Oh no se debe dilatar el castigo!

—¡Jesus que espanto!

—No parece realidad funesta, sino pesadilla horrorosa.

—¡Se va á escandalizar toda España!

—¡Y quién sabe las ramificaciones que tendrá ese crimen horrendo!

A estas exclamaciones de los tertulianos puso término el

señor conde de Campomanes, diciendo con voz dolorida.—Señores, lo que importa es rogar á Dios y á su Santísima Madre por la salud del pobre Floridablanca. Al rezar hoy el rosario con mi familia, se lo suplicaré muy de veras. Buenas noches, amigos, y hasta el domingo, si Dios quiere, porque mañana al salir del Consejo me voy á Aranjuez en una silla de posta, para saber personalmente del estado en que se halla mi antiguo compañero y amigo constante, leal servidor y sábio consejero de dos soberanos, y una de las mas resplandecientes lumbreras de España.

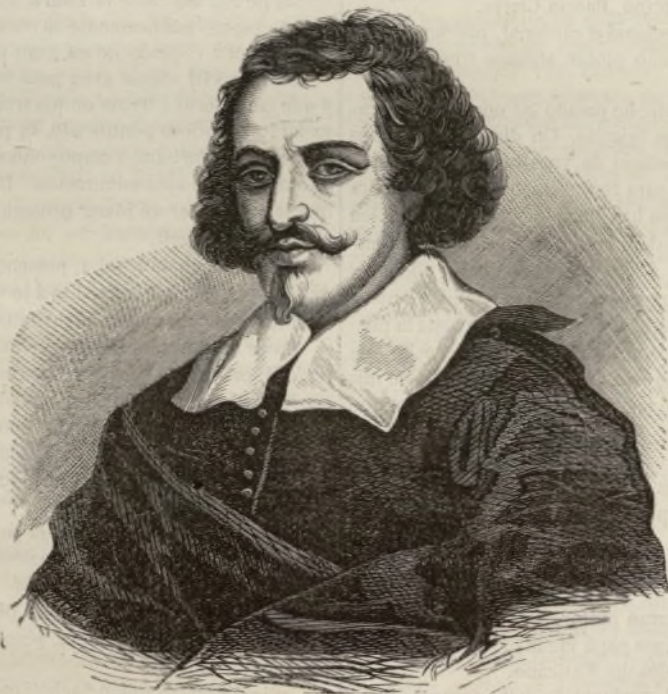
—Buenas noches, señor Campomanes, dijo el señor don Joaquín Traggia: todos pediremos á Dios que nos permita ver sano y salvo muy pronto á un varon tan eminente y tan digno de ser amado.

—Sí, sí, todos, pronunciaron los tertulianos del gobernador del Consejo al saludarle respetuosos y afligidos por la novedad inesperada.

ANTONIO FERRER DEL RIO.

(La continuacion en el número próximo.)

PEDRO DE CORTONA.



(PIETRO BERRETINI.)

Yacia Roma en el mas profundo silencio en una de las noches frias de diciembre del año 1611. Acababan de dar las doce en el reloj de la plaza del Pópolo y apenas se veian gentes por las calles de aquella ciudad tan animada y populosa durante el día. En el palacio Sacheti iba ya á re-

cogerse para descansar, el cardenal de este título, uno de los purpurados mas influyentes en el Sacro Colegio, como íntimo amigo del Papa Urbano VIII y compatriota suyo, pues, Barberini era, como Sacheti, natural de Florencia.

De pronto un gran ruido en el patio del palacio vino á llamar la atencion del cardenal. Dirigióse éste á una ventana, la abrió precipitadamente sin cuidarse de la desagrada-

ble impresion que debía causarle el frio de la noche. Miró y vió en el patio á un jóven rodeado de sus pages y lacayos. Exhalaba el jóven tristes y lastimeros quejidos, á que contestaban los criados del cardenal con insolentes carcajadas y alegre gritería.

Quiso el cardenal Sacheti conocer la víctima de las burlas de sus criados y mandó inmediatamente á su mayordomo para que hiciese subir á su presencia aquel jóven é impusiese silencio y respeto á su servidumbre.

A poco rato entró en el gabinete del cardenal su mayordomo, acompañando á un mancebo como de unos quince años, de hermosa presencia; pero pobremente vestido y con sus ropas empapadas de agua. Saludó con aire noble y gentil al cardenal, que mirándole fijamente le preguntó quién era y cómo se llamaba.

—Me llamo Pietro Berretini, respondió sin cortarse el jóven, he nacido en Cortona y me he criado en Florencia donde he sido algunos años discípulo del pintor Andrea Commodo, uno de los mejores decoradores de aquel país.

—¡Hola! con que artista y paisano mío, le dijo con afabilidad el cardenal. ¿Y cómo te encuentras en mi casa á estas horas? ¿Por qué te maltrataban mis gentes?

—Eminencia, hace seis meses que dejando á Florencia y á mi maestro Andrea Commodo, he venido á esta ciudad para aprender el arte de la pintura y he entrado en la escuela de otro pintor florentino, Baccio Ciampi.

—¡Excelente maestró! exclamó el cardenal, mucho adelantará con él; yo le he hecho pintar algunos frescos en mi palacio. Prosigue...

—Sin recursos para vivir, he pasado las noches del verano bajo los pórticos de las iglesias. Un día encontré unos florentinos, criados del palacio de vuestra eminencia, que por caridad me han dado para recogerme una pila de piedra que hay en la cuadra y que han llenado de paja. También de vez en cuando me dan de limosna algunos de los mendrugos del pan que sobra de su mesa. Me tenía por muy feliz, pero esta noche ha querido divertirse conmigo uno de los pages de vuestra eminencia, y ha llenado de agua la pila, y al acostarme como de costumbre me he puesto hecho una sopa, no sintiendo tanto el frío que se ha apoderado de mis miembros, como el que se me hayan mojado los dibujos que guardaba en mi bolsillo.

—¡Pobre jóven! dijo el cardenal mirándolo con compasión. ¿Y cuántos años tienes?

—Quince, eminencia, porque nací el 1.º de noviembre de 1596.

—¿Y qué te propones ser, sin medios ni recursos en Roma?

—Me propongo ser un gran pintor, y que un día tal vez cuando vuestra eminencia sea papa me mande pintar alguno de los lienzos de las paredes del Vaticano.

—¡Bravo! jóven, dijo el cardenal Sacheti encantado con aquella lisonja que con tanta sencillez le dirigía un niño y que quizá en su interior tomaba por una voz profética.

Aquel niño tan interesante de suyo y de tan nobles aspiraciones, fué desde entonces mas interesante á sus ojos.

—Está bien, continuó el prelado, desde hoy conságrate al trabajo, sigue el generoso impulso á que tu vocación te llama: y volviéndose despues al mayordomo, le dijo:

—Desde hoy, Pedro de Cortona queda agregado á mi servidumbre.

Segun el uso italiano, Pietro Berretini fué llamado por el cardenal en vez del nombre de su familia, con el de su ciudad natal. Con este nombre debía inmortalizarse un día, con él le llamaremos nosotros.

El cardenal Sacheti tomó desde entonces á Pedro de Cortona bajo de su poderosa proteccion, y bien pronto el discípulo de Ciampi se vió al abrigo de toda necesidad.

Concluyeron para él las tristes horas de la miseria, y comenzó á abrírsele el camino de la fortuna.

Con grande afán comenzó desde entonces á trabajar, estudiando á la vez á Rafael, Miguel Angel y el Caravaggio, deseoso de aprender mucho, y mas todavía de inventar y producir.

Presentaba sus estudios al cardenal Sacheti, que le estimulaba con su generosidad y que cada vez se hallaba mas contento con haber tendido su mano protectora á aquel niño en cuyo rostro habia sabido adivinar la inspiracion del genio.

Apenas habian pasado tres años cuanto Pedro de Cortona se sintió seguro de sí mismo, aleccionado con el estudio de aquellos grandes maestros y de aquellos grandes monumentos que forman el orgullo de Roma y la gloria de las artes. Presentóse un día al cardenal Sacheti, y le pidió que le encargase algun trabajo que pudiese darle á conocer. Desconfiado aun el cardenal de las fuerzas de Pedro de Cortona, le encomendó por via de prueba, que pintase para la iglesia de San Salvador *in Lauro* una *Natividad*. Al cabo de un año espuso públicamente su obra, y todos creyeron reconocer en ella el pincel de un gran maestro.

Urbano VIII era un gran papa muy amante de las artes, y que embelleció á Roma en los treinta y un años que duró su largo y glorioso pontificado. El papa fué á ver el cuadro de Pedro de Cortona, y como conocedor, vió que aquel lienzo era digno de toda admiracion. Deseó conocer al artista, que le dijeron ser un jóven protegido por su íntimo amigo el cardenal Sacheti.

Sacheti, lleno de orgullo, presentó á su protegido al papa, que apenas podía dar crédito á lo mismo que habia visto y admirado, al contemplar la juventud del artista.

Entre las grandes obras que habia emprendido Urbano VIII, era una de ellas la restauracion de la magnífica iglesia de Santa Bibiana. Habia encargado la pintura de esta iglesia al célebre Agustin Ciampelli, que habia casi ya concluido de pintar uno de los costados de la iglesia, y escitaba el asombro y la admiracion de todos con sus maravillosos frescos.

—¿Te atreverías tú, le dijo el papa á Pedro de Cortona, á pintar el otro costado de la iglesia despues de haber visto el que está pintando Ciampelli?

—Me atreveré con la ayuda de Dios y vuestra santa bendicion, respondió con firmeza, pero sin arrogancia, el jóven pintor.

—¡Bien! nuestro amigo Sacheti me ha dicho que eres muy capaz de hacerlo. Cuento con que dejarás airoso á tu protector.

Al día siguiente Pedro de Cortona, subido en un andamio, comenzó los frescos del lado opuesto en que pintaba Ciampelli. Trazó con mano tan firme y valerosa y con tan vivos coloridos las escenas del martirio de Santa Bibiana, que cuando fué á verlos el papa quedó tan contento y satisfecho, que no quiso mas artista que á Pedro de Cortona para pintar la gran sala del palacio de los Barberini.

Este palacio, uno de los mas hermosos y mas grandes que ostenta hoy la ciudad de Roma, fué construido por los sobrinos del papa, á quienes inmediatamente despues de su elevacion al trono pontificio habia creado cardenales, y los Barberinis ejercian á la sombra del papa la mas grande influencia en Roma. Para la construccion de este soberbio palacio se pusieron en contribucion los mas grandiosos monumentos de la antigua Roma. Se derribó una parte del magnifico circo de Flavio Vespasiano, y sus colosales sillares sirvieron para levantar la mansion de los sobrinos del papa. Lo que el tiempo y las invasiones de los bárbaros habian respetado fué mutilado por el orgullo y la vanidad de los Barberini. Los romanos exhalaban su dolor por la profanacion del primer monumento del mundo con este satírico verso:

Quid non fecerunt Barbari fecerunt Barberini.

Pocas obras han hecho en el mundo tanto ruido como el techo del palacio Barberini. Fué la obra maestra del siglo XVII y allí firmó Pedro de Cortona su título á la inmortalidad. Allí no se mostró inferior á los maestros mas gloriosos del renacimiento. En aquella bóveda Pedro de Cortona fué tan gran pintor como hábil cortesano, lisonjeando al papa que le habia encargado aquella obra colosal, con el mayor tacto é inteligencia.

Representó el artista bajo el velo de una trasparente alegoría el triunfo de la casa Barberini. En uno de los extremos del techo en los esplendores etéreos de un cielo claro, una maltrona que representa á Roma, sostiene la radiante tiara: la Religión colocada al lado de ella tiene las llaves pontificales, y cerca de aquellas dos figuras varios géneos alados llevan en sus manos palmas y laureles emblemas de la gloria que Urbano VIII se habia adquirido por sus poesías. Alrededor de aquel grupo vuelan poderosas abejas, timbre de la casa de los Barberini. Mas abajo la Providencia está sentada sobre una nube, y cerca de ella la Inmortalidad con una radiante corona de estrellas en la mano. Por último en la parte inferior de la composicion, es decir, al otro extremo de la bóveda aparecen el Tiempo bajo la forma del antiguo Saturno, las Parcas hilando los preciosos dias de Urbano VIII. En este fresco colosal prodigó Pedro de Cortona los mas brillantes y magníficos adornos. Un triunfo inmenso para el pintor fué el techo de la sala del palacio Barberini. Esta sala, como dice un célebre historiador, fué celebrada por todo el mundo: *Decantata per tutto il mondo.*

Urbano VIII recompensó generosamente á su autor.

Ya el niño que dormía en los pórticos de las iglesias de Roma, que se alimentaba de las sobras de la mesa de los criados de un cardenal, ya el joven á quien el purpurado Sacheti habia sacado de la oscuridad, era un hombre ilustre, rico y perfectamente acogido en todas partes.

Pedro de Cortona quiso viajar por la Italia, fué á Venecia, recorrió la Lombardía, atravesó por Florencia, donde el gran duque Fernando II, le confió la decoracion de los nuevos salones del palacio Pitti. Allí pintó muchos techos, y aficionado siempre á las composiciones alegóricas representó las glorias de los Médicis. El célebre artista tuvo la desgracia de desplegar en sus obras tanto genio y arrancar tantos aplausos, que los pintores de Florencia al ver que un reciénvenido con su escelente y rápido pincel los reducía á

la nulidad, se coaligaron contra él y trabajaron para perderle y privarle del favor del gran duque. Recurrieron á un medio, que aunque tan viejo como el mundo, jamás deja de producir su efecto, apelaron á la calumnia. Pretendieron los enemigos del pintor que habiendo sido encargado de comprar en Venecia cuadros para la coleccion del príncipe, solo habia traído copias, vendiéndolas por originales á su noble protector. Indignado de verse tratado así Cortona solicitó el permiso para ir á pasar algun tiempo á Roma, y despues de haber recibido diez mil escudos por el precio de su trabajo, abandonó á Florencia para siempre. En vano trató de volverle á llamar á ella el gran duque. Pedro de Cortona no volvió, y su mejor discípulo Ciro Ferri tuvo que terminar las decoraciones del palacio Pitti que él habia comenzado. Vuelto á Roma no podia Pedro de Cortona atender á las considerables obras que á porfía le encargaban los príncipes, los particulares y las iglesias. Se hallaba entonces en el apogeo de su talento, en todo el esplendor de su celebridad.

Habia muerto su protector Urbano VIII. Jamás la eleccion de un papa fué de mayor interés para los soberanos de la cristiandad.

La casa de Austria debilitada por revueltas y pérdidas considerables en Alemania veia escapársele el dominio de la Italia. Felipe IV, rey de España, gobernado por su favorito el conde-duque de Olivares, veia todos los dias desmoronarse un pedazo de su vasta monarquía. La Francia bajo la regencia de Ana de Austria iba adquiriendo cada dia una autoridad superior en Europa, empero se dejaba ver cierta debilidad aun en medio de su ventajosa situacion. Los electores fatigados del eterno pontificado de veinte y un años querian un pontífice de avanzada edad y habia muy pocos en el cónclave en esta posicion. Los sobrinos del papa Urbano, los Barberini, formaban una fraccion considerable en el cónclave. Otra la formaban los españoles con el Austria, y la tercera la componia el partido francés, condenado á una especie de silencio desde la batalla de Pavia. No podia escluir ni elegir á nadie, pero reuniéndose á los españoles ó á los Barberini era dueño de la eleccion. Los Barberini querian nombrar al cardenal Sacheti. Iba tal vez á verificarse la profética lisonja que Pedro de Cortona habia dirigido al cardenal Sacheti en la noche en que declarándose su protector le habia arrancado á las insolentes burlas de sus pages y criados, empero los embajadores de Madrid y Viena usaron de la formidable prerogativa que aun hoy conservan la Francia, el Austria y la España, y le escluyeron de la eleccion.

Un mes y diez y siete dias duró el cónclave, siendo al fin nombrado el cardenal Juan Bautista Pamfili, romano, con el nombre de Inocencio X, en 1644.

No fué menos favorable á Pedro de Cortona el nuevo pontífice, y mas de una vez tuvo que interrumpir sus mas urgentes trabajos para complacer los caprichos del Santo Padre. El nuevo papa construyó tambien un soberbio palacio, que aun hoy es uno de los mas bellos monumentos de la Roma moderna. Terminado este soberbio edificio en 1650, Cortona recibió el encargo de pintar en el techo del salon principal la historia de Eneas. El célebre artista se hallaba en su centro y satisfacía la ambicion de su talento emprendiendo pinturas de colosales dimensiones.

Pedro de Cortona miraba siempre como indignos de él

los cuadros de caballete; le gustaba llenar los grandes espacios de los lienzos de las paredes que le dejaban los arquitectos en los ricos salones y en los templos. Sin embargo, ha dejado muchos cuadros, porque atacado desde muy joven de la gota, se veía imposibilitado en muchas ocasiones de subir á los andamios, y tenía que encerrarse por precisión en su taller, y aplicar á la composicion de cuadros de medianas proporciones la actividad de su infatigable pincel. En sus cuadros reinaba una especie de ordenado desórden. En el cuadro del *Pacto de Jacob y de Laban*, uno de los mejores que produjo su gran genio, se ve que Cortona ha colocado en segundo término á los actores principales de la escena, y ha concentrado la atención de los espectadores sobre figuras accesorias. Cortona tenía la grande ambicion del arte. Era pintor de historia y de asuntos religiosos; decorador de la mas feliz invencion; paisagista cuando tenía que pintar paisajes; empero aun no se hallaba satisfecho, quiso añadir á su gloria la de arquitecto, y merecer así una doble fama y celebridad.

Dió los dibujos de la puerta del teatro que los Barberini habian hecho construir en su palacio. Dirigió las reparaciones de la iglesia de Santa María de la Paz. Este trabajo le valió el aprecio y la admiracion del papa Alejandro VII, que habia sucedido en el trono pontifical á Inocencio X, y que no menos celoso que éste, se habia consagrado á continuar embelleciendo á Roma. Le nombró caballero de la espuela de oro, envidiada distincion de que su antiguo protector el cardenal Sacheti le entregó solemnemente las insignias.

El nuevo papa le hizo construir la iglesia de Santa Martina, que alzaba á su costa la familia de los Barberini. Pedro de Cortona pintó el cuadro de Santa Martina para el altar mayor de la iglesia, que él mismo con la mayor inteligencia habia construido; iglesia predilecta en la que él se habia construido su enterramiento y á la que al morir legó todos sus bienes que eran considerables, porque Pedro de Cortona se habia enriquecido. Urbano VIII, Inocencio X, Alejandro VII, el gran duque de Toscana, el cardenal Sacheti, le habian pagado pródiga y magníficamente sus obras. La muerte vino á arrebatárle á las artes, á la admiracion de sus discípulos y al afecto de cuantos le conocian, el 16 de mayo de 1669 á la edad de setenta y dos años y medio.

En una bóveda de la magnífica iglesia de Santa Marina se colocó con asistencia de todo el clero romano, el cadáver de un opulento anciano que habia legado su inmensa fortuna de mas de diez millones de reales á la fábrica de aquel suntuoso templo. Aquel opulento señor habia vivido en su niñez de las sobras de la mesa de los criados de un cardenal y habia tenido por lecho una pila de piedra cubierta de paja.

Era Pedro de Cortona, que habia sabido por su aplicacion y su amor á las artes hacerse célebre y millonario!!!

JOSE MUÑOZ Y GAYRÍA.

PARIS, LONDRES Y MADRID.

I.

PARIS, NOVIEMBRE DE 1855.

¡París! al considerar los innumerables escritos de que ha sido objeto desde remotos siglos hasta el presente, parecería á primera vista que todo está ya dicho y nada queda por decir acerca de esta grande y magnífica ciudad, que, en opinion de los mas discretos viajeros, no tiene igual en el mundo. Yo creo, sin embargo, que este es un tema todavia no agotado, y mas diré, creo que es un tema *inagotable*. Creo tambien, que este es el único pueblo del cual se puede estar hablando siempre, sin que deje por eso de quedar siempre mucho que decir en bien y en mal; en bien sobre todo. Procuraré explayar esta idea por medio de algunas consideraciones generales.

¿Cuál es la verdadera razon de ese grande, de ese inexplicable prestigio que corona, como una aureola, el conjunto de esas cinco letras que unidas forman el nombre de París? Analicemos la impresion que esa palabra produce generalmente en los ánimos, así de los que conocen como de los que no conocen por experiencia propia la *cosa* que representa—ó para hablar mas claro, así de los que han visitado, como de los que no han visto nunca esta encantadora poblacion.

Digámoslo con entera seguridad de no ser desmentidos, por mas que tal cual singularísima escepcion venga aquí, como en todos los casos verdaderos, á confirmar la regla:—en los oídos de los que no conocen á París, este nombre suena como una palabra mágica que hace vibrar rociamente las mas recónditas fibras de la *curiosidad* y del *deseo* consiguiente de conocerle. Quien nunca haya experimentado este deseo ni aquella curiosidad, bien puede decir que está desprovisto de todo rastro de imaginacion. En los que conocen esta ciudad, y están ausentes de ella, la sensacion que su nombre despierta es la de un deseo vehemente, cuando no vehementísimo de volverla á ver, de residir de nuevo en ella y disfrutar una vez mas sus *indecibles* encantos. No sin intencion hemos escrito este epíteto de *indecibles*, que aquí no es una mera hipérbole ni una espresion figurada en el sentido de grandes ó raros: es una palabra llena de verdad, porque en efecto, no es posible decir ó espresar con exactitud la razon, *el por qué* de esos encantos. Tambien procuraremos explicar esto, mas no será sin hacer una observacion que nos parece exacta y nueva; á lo menos no recordamos haberla visto consignada en parte alguna. Tampoco la damos por *invencion* nuestra:—entonces no sería exacta; nuestro único mérito, si lo es, consiste en haberla recogido de los labios del comun de las gentes..... que no escriben sus observaciones, aunque las hacen en mayor número y mejor que los filósofos y los escritores de oficio. Así sucede con todas las verdades de observacion: todas flotan en la atmósfera, digámoslo así, como patrimonio comun de *todo el mundo*, hasta que llega un cualquiera, y sin mas trabajo que el de darles forma concreta en una frase ó en dos ó en ciento, se las apropia y se convierte en su autor, no siéndolo ciertamente.

No es otro el mérito de los que se llaman grandes observadores: hacen lo mismo que un hombre en medio de florida selva cuando se convierte en dueño de abundantes flores



MUSEO DE LAS FAMILIAS.



Lit de J.J. Martinez.

PACTO DE JACOB Y DE LABAN.

Es copia del cuadro de Cortone.

y frutas, sin mas trabajo que el de ir las cogiendo y guardando: la cuestion está en encontrar esa selva.

Largo preámbulo parecerá este para lo poco que va á venir despues de él, como consecuencia suya; pues se reduce á decir que aquel deseo de volver á París, que suponíamos grande en todos los que conocen un poco esta hermosa ciudad, es grandísimo en los que la conocen mucho: para sueltar esto á fórmula, diremos que está en razon directa del tiempo que han pasado en ella:—es tanto mayor cuanto mas la conocen. Como todas las cosas verdadera y sólidamente buenas, París gana en ser conocido. Un buen libro gusta mas á la segunda lectura que á la primera: el *Don Giovanni* de Mozart, el *Freischut* de Weber, que pasan por las dos mejores óperas del mundo, no revelan todos sus tesoros de melodía sino al que ha tenido la fortuna de oirlas muchas veces. Acabo de releer el *Quijote*, ciertamente por vigésima vez, aunque no llevo la cuenta,—pero declaro que ahora como siempre, he encontrado en él primores que se me escaparon en la lectura anterior: estoy seguro de que lo mismo me sucederá cuando le haya leído otra vez.... y otras. Doce años de mi vida he pasado en esta ciudad estudiándola, como procuro estudiar y conocer todo lo que me rodea; y la verdad es que no pasa día sin que descubra en ella algun nuevo motivo, que me explique la universal afición de que es objeto. (1)

Ya he dicho que esta afición es tanto mayor, cuanto mas se conoce á París; réstame hacer otra observacion no menos exacta, y que se enlaza lógicamente con aquella, aunque á primera vista parezcan contradictorias. Veamos el hecho; luego procuraremos hallar su explicacion, que encontraremos aplicable á una infinidad de casos análogos. La primera impresion que produce la ciudad de París en la mayoría de los forasteros, suele ser desagradable, y esa impresion de desagrado suele tardar en borrarse lo bastante para que les quede poca gana de volver á verla á los que han pasado en ella una temporada corta. Esto es sobre todo comun en los españoles, y en nuestros americanos; rarísimo es el que los primeros días no está rabiando en París contra el cielo apizarrado, contra los barroes de las calles, contra el continuo llover, contra las distancias enormes, contra el ruido y el tropel de los carruages, y.... en suma, contra todo. Generalmente esos primeros días están mareados y aburridos; como todavía les dura el cansancio del camino, no conocen á nadie, se pierden á poco que se alejen de su *hótel* sin guía, gastan un dineral, no saben ó saben mal la lengua, encuentran bruscamente interrumpidos todos sus hábitos de vida, y por último, á poco que se despiden, suelen ser víctimas de mil y mil accidentes á que en todas partes, y aquí sobre todo, está siempre espuesto el que no conoce la tierra que pisa, lo mas comun es que á poco de haber llegado á París, se apodere de ellos un deseo impaciente de volverse á sus hogares y perder de vista para siempre lo que ellos llaman con risible despecho *jeste inferno!* Seamos justos: nada mas natural que esta serie de impresiones, que cien veces hemos observado en cabeza ajena, y que algun día nos enseñó la experiencia propia. ¡Son aquí las costumbres tan distintas de las nuestras! ¡tienen tanto encanto para nosotros meridionales el limpio sol, el cielo azul de nuestros climas! Y luego, hay que advertir otra cosa, muy poco tomada en cuenta: suele ser tan exagerada,—ó mejor dicho, tan absolutamente falsa la idea

que se tienen formada de esta ciudad los que la visitan por primera vez, que no encontrando en ella nada de lo que su imaginacion ó errados informes les habian hecho esperar, pasan por lo comun de un extremo á otro,—de la admiracion al desprecio, si absurda aquella por no razonada, mas irracional aun este por absurdo. No es *exagerada*, repito, la idea de las excelencias de París que suelen traer nuestros paisanos, pues ciertamente no les han dicho, ni con mucho, todo lo bueno que encierra;—á cien leguas están de sospechar siquiera hasta qué punto llega esta bondad. Por ejemplo,—y para no citar mas que un solo accidente, es seguro que ni aun los que mas fanatizados vienen con los atractivos de esta gran ciudad, saben que hay en París algo que vale todavía mas que París mismo (para el gusto de muchas gentes que lo tienen muy bueno,) y es sus alrededores, su campo, verdadero Eden cuyas delicias son la única cosa nacional que los franceses no ponderan mas de lo que vale, ni aun tanto. La campiña de París merece por sí sola que se haga desde Madrid un viage para verla; y sin embargo, la mayor parte de nuestros compatriotas vienen y se van sin saber que hay aquí, á una legua, á media, á un tiro de cañon de las fortificaciones, sitios encantadores, asilos campestres que en su género no tienen igual en el mundo.

II.

PARIS, NOVIEMBRE DE 1855.

¿Por qué razon es París la ciudad predilecta de todos los que la conocen bien? ¿Es por ventura la mas hermosa ciudad del mundo? ¿es la mas rica? ¿es la mas grande? ¿es la que ha debido á la naturaleza, al arte, ó á la naturaleza y al arte reunidos, mayores encantos? Seguramente que no. Varias ciudades de Italia, especialmente Florencia, son mas hermosas que París: Lóndres es una ciudad mayor y mas rica. Mucho mas que por París han hecho por Nápoles la naturaleza, y el arte por Roma.

Si hubiéramos de designar á las ciudades con nombres emblemáticos, Roma pudiera denominarse *Artistópolis*, la ciudad de los artistas y de los anticuarios; Lóndres la de los industriales y los comerciantes, *Traficópolis*; Madrid pudiera tomar un nombre que significase *centro de buena sociedad*, pues creo que no la hay mas agradable en el mundo que la suya; Nápoles podria llamarse en todas lenguas el paraíso terrenal. Adoptado este sistema de nombres significativos, el que corresponderia á París, y solo á París, es el de *Panópolis* ó *Ciudad para todos*. Porque esta es, sino me engaño, la verdadera diferencia que distingue á esta ciudad de todas las demas, y el rasgo característico, único, ingénito, digámoslo así, que establece su indisputable superioridad sobre todas ellas. Y esta superioridad no es de ahora: ha existido siempre, á lo menos (para no remontarnos á épocas antiguas y engolfarnos en una erudicion intempestiva) de dos siglos á esta parte. Que hoy, merced á las increíbles mejoras que debe París á su actual emperador, sea esta ciudad el asombro de Europa, y en cierto modo, el blanco de todas las miradas, no es en verdad difícil de comprender. Las gigantescas obras del Louvre, de la calle de Rivoli, de los nuevos baluartes (boulevards); su admirable policía, su administracion municipal que es un modelo, y cien razones mas que no hay para qué enumerar

justifican el título que ya se le da metafóricamente, y que al paso que va, es regular que pronto se le dé, en sentido recto, de *Capital de Europa*:—pero ¿cómo se explica que tuviese esta misma importancia relativa y este mismo prestigio que hoy disfruta cuando era una ciudad fea, sucia, pésimamente administrada en el orden moral, una sentina de vicios y un sumidero de inmundicias? Esto es lo singular; esto es lo que no se explica sino admitiendo como una verdad lo que decíamos antes,—¿saber, que es peculiar é *ingénito* en esta población el carácter de universalidad que solo ella posee. Con esto se enlaza también lo que igualmente decíamos al principio de este artículo, sobre que los encantos de París son *indecibles*, en el sentido de que no se explican, ó por lo menos son muy difíciles de explicar sin largos rodeos y toda clase de figuras retóricas. A explicarlo aspiramos nosotros sin embargo: no tiene otro objeto todo lo que vamos escribiendo.

En París existen todos los contrastes, se encuentran todos los extremos, y háy por consiguiente satisfacción posible para todos los gustos: hé aquí en resumen la clave de su prestigio y de su superioridad, porque no estará de mas repetir que esto *solo aquí sucede*. París es al mismo tiempo el pueblo mas caro y el mas barato (entre las grandes ciudades, se entiende; en este análisis como en todos, no puede haber comparación sino entre entidades proporcionadas);—el mas bullicioso y el mas sosegado; el mas corrompido y el mas virtuoso, en el sentido de que es donde se encuentran los mayores vicios y las mas grandes virtudes. Aquí se puede comer *bien* por veinte luises ó por veinte sueldos; para pasar de las delicias de Capua á las austeridades de la Tebaida, basta trasladarse de la Chaussée-d'Antin á la calle de Servandoni. Aquí se encuentra la antigüedad romana en las catacumbas y en las termas de Juliano; la edad media bajo las solemnes bóvedas de Nuestra Señora y de Saint-Germain-l'Auxerrois; el renacimiento en el Louvre y en cien partes; nuestro siglo, con todas sus pompas y todos sus maravillosos progresos, en los caminos de hierro, en los telégrafos eléctricos, en los barrios de nueva planta,—y para decirlo todo de una vez, en una cosa que vale mas que todas esas conquistas materiales, y es en la perfecta *libertad civil* que aquí se disfruta, y que es la gran conquista, y como el compendio y corona de todos los adelantos del siglo. Verdad es que por el pronto no hay aquí otra; pero no parece hasta ahora que esta gente lo lleve muy á mal. La prosperidad pública, el bienestar particular van en un aumento asombroso. Esas cuatro épocas históricas que hemos citado, para no descender á mas pormenores, conservan aquí su carácter propio y entero, en lo posible, mas que en otro país alguno. No hay en lo humano, afición, gusto ó capricho que no se pueda satisfacer cumplidamente sin salir de París, lo cual no puede decirse en verdad de otra ciudad alguna. El hombre estudioso tiene aquí las mas ricas bibliotecas, las mejores cátedras, las primeras academias del mundo: el artista, ó el mero aficionado á las artes no encontrarán aquí tanto tesoro, pero sí mucho mayor movimiento artístico que en la misma Roma. Los que se entusiasman con las cosas de la milicia, están aquí en sus glorias, dado que París es el pueblo militar por excelencia: los ejercicios de Vincennes, las revistas del Campo de Marte, los vuelven locos. Los que por las tendencias místicas de su espíritu se complacen en el si-

lencio y el retiro propicios á la vida contemplativa, vayan á los sosegados barrios á que dan sombra las magestuosas moles de San Sulpicio, y allí, en algunas de aquellas tortuosas y oscuras calles donde el tránsito de un coche es un fenómeno singular y en las que involuntariamente se cree uno transportado al siglo XII, oirá el grave y compasado tañido de las campanas, y encontrará á cada paso hábitos clericales y respirará una atmósfera eminentemente levítica. No se habla allí mas que del último sermón del P. Hermann, de la próxima novena de la Virgen, ó de las conferencias del P. Ventura. Ni en Toledo, ni en el Burgo de Osma se encontrará un *devotismo* mas general ni mas estrecho: moralmente hablando, San Sulpicio dista del París profano tanto como la tierra del cielo. Los que se dejan llevar el alma y los sentidos tras de los placeres mundanos, tienen aquí ¿quién lo ignora? muy añadido y mejorado el paraíso de Mahoma. Las *huris* de este falso profeta no eran mas que unas pindonguillas, comparadas con las loretas de la *Maison d'or* (1) y las *ratas* (2) de la Opera: los cocineros que aderezaban aquellos famosos manjares á cuyo influjo vivificador renacia en los extenuados cuerpos la llama del deseo, eran de seguro unos zarramplines al lado de Chevet y de Potel.

Para vivir con un lujo extremado, Londres ofrece tantos, aunque no mas recursos que París; en cambio allí no se puede vivir *bien* con poco dinero, y aquí sí. París es tan delicioso, á su manera, para el pobre como para el rico. Allí el pobre vive miserablemente: todo le rechaza; todo le es hostil; nada está previsto para él, todo lo está para el poderoso: aquí vive feliz, aquí goza ó puede gozar, á su manera, repito, tanto como el rico. Aquí un clima generalmente apacible, una abundancia fabulosa, y la consiguiente baratura de los objetos de primera necesidad, y mas que todo, las *costumbres* (producto acaso de la influencia católica) le proporcionan goces de que el pueblo inglés no tiene idea.... Pero dejemos este paralelo para cuando dirijamos nuestras observaciones sobre Londres.

Para vivir modestamente, con poco dinero y bien, esto es, para no pasar hambre ni sed, aunque sí mucho frío en invierno y algun calor en verano, Madrid no vale menos que París; en cambio para los que aspiran á gozar, en todos sentidos lícitamente y, sobre todo, con los goces del espíritu, no hay comparación posible entre las dos ciudades. Cuando tratemos de Madrid, pondremos esto mas en claro.

III.

PARIS, NOVIEMBRE DE 1855.

Hasta ahora no he hecho mas que apuntar al correr de la pluma algunas de las causas en que se funda, á mi juicio, ese carácter de *universalidad* que atribuyo á París y que constituye su superioridad indisputable sobre todas las ciudades del mundo; voy ahora á desarrollar esta misma idea con algunos pormenores.

Por ejemplo, decía yo antes, que en París se encuentran todas las épocas históricas representadas y como *vivas* en hermosos monumentos;—grande atractivo para el artista para el arqueólogo, para el historiador, para el poeta, para

(1) Fonda célebre.

(2) *Rats*: apodo con que los leones ó elegantes designan á las jóvenes bailarinas de la Academia imperial de música.

todos los hombres de imaginación; en una palabra, para una infinidad de personas. Verdad es que otras muchas se rien de lo que ellas llaman desdeñosamente—esas antiguallas y no andarían diez pasos por ir á verlas; pero también para estas gentes *positivas*, como ellas mismas se denominan, tiene París sus especiales encantos. Barrios enteros encontrarán aquí, contruidos de ayer con la fría regularidad de un tablero de damas, que no ofrecen á la imaginación ni un solo recuerdo, pero que en cambio tienen el mérito positivo de presentar reunidos todos los adelantos del moderno *confort*. También esto tiene su valor; sin embargo, estoy por la opinión de los que miran como uno de los mayores atractivos de París la multitud de recuerdos históricos que á cada paso brotan, por decirlo así, de cada una de las viejas piedras de sus venerables edificios antiguos.

Vamos á pasar revista á algunos de esos edificios acompañados de sus recuerdos, como el cuerpo de su sombra. A veces no son los edificios los que hablan mas aquí á la imaginación, sino los *sitios* en que han pasado grandes cosas. Recorramos también algunos.

La isla llamada *la Cité*, cuna del actual París y que fué algun día París entero, está poblada de recuerdos poéticos de la antigüedad romana, de las invasiones bárbaras y de la edad media. Entre estos últimos, campea sobre todo el de los trágicos amores de Abelardo y Eloisa. En el muelle hoy llamado de Napoleón (*quai Napoleon*), en el punto en que remata en él la calle *des Chantres*, existe todavía (yo la he visto, ayer mismo) una casa de regular apariencia, señalada con los números 9 y 11: allí vivieron aquellos dos célebres amantes. Al pie de aquellas ventanas acudían á tropel las turbas de estudiantes á entonar los cánticos de amor compuestos por el enamorado filósofo en honor de Eloisa. Todo el pueblo la conocía, todos estaban en el secreto de aquellos amores, que tan venturosa la hacían y de que estaba ella tan ufana, porque todos repetían los dulces versos de su querido. En un cuarto de aquella casa satisfizo el canónigo Fulberto su atroz venganza: una inscripción en letras de oro esculpida en una lápida de mármol blanco recuerda en estos términos el nombre de aquellos ilustres amantes:

ANTIGUA HABITACION DE ELOISA Y ABELARDO

1118.

REEDIFICADA EN 1849.

Encima de las dos puertas que dan á la calle, dos medallones de piedra representan el uno á Eloisa, el otro á Abelardo, ambos de perfil y mirándose cara á cara como si todavía quisieran decirse su amor,—como si su amor debiese durar en el mundo tanto como la fama de sus nombres.

El *Palacio de Justicia* y la *Santa Capilla*, precioso monumento de la mas pura arquitectura gótica, son inseparables de la memoria de San Luis, aquel gran rey de quien dice una de las mas malignas redondillas popularizadas en España por el espíritu de partido durante la guerra de la Independencia:

«San Luis, rey de Francia, es

«El que con Dios pudo tanto,

«Que para que fuese santo
«Le dispensó el ser francés »

Graciosa pero muy injusta invectiva contra una nación que ha producido tantos y tan gloriosos santos como la que mas. Una curiosa anécdota va unida á la llamada *Torre del Reloj* que forma la esquina del Palacio sobre el mercado de las Flores.—En el año 1370, Carlos V llamado el *Victorioso*, gracias al famoso Duguesclin ó Bertran Claquin, como le llaman nuestras historias, hizo construir el primer reloj de pared conocido en Francia, obra del ingeniero mecánico alemán Enrique de Vic. El rey le dió habitación en la torre misma del Palacio de Justicia en que debía construirse el reloj y que es la misma que aun lleva este nombre, y al cabo de poco tiempo, con universal asombro de los parisenses, la desconocida máquina empezó á dar las horas, las medias y los cuartos y á apuntar los minutos en el cuadrante, maravilla que duró unos veinte años.

Sucedió empero una mañana del mes de junio que el reloj amaneció mudo. Era ya muy entrado el día, el tiempo había caminado segun costumbre y el reloj no daba hora ninguna: el minuterio permanecía clavado en un punto. ¿Qué maleficio había caído sobre la maravillosa máquina? El vulgo alborotado con aquella novedad agota en sus habillitas todas las conjeturas imaginables y forma un gran tumulto al pié de la silenciosa torre, cuando acierta á pasar por allí, gravemente montado en su mula, y dirigiéndose al Consejo del rey el señor de Orgemont, canceller de Francia. Infórmase el magnate de la causa que así trae al buen *popular* de París arremolinado é inquieto, y noticioso de lo que pasa, manda abrir las puertas de la torre, en la cual penetra acompañado de su escolta, no sin recelo de alguna emboscada del demonio. Llegan al cuarto del relojero y le encuentran muerto, tendido en el suelo, los ojos inmóviles, vuelta la cara hácia la portentosa máquina, inmóvil y muerta como él. La llave con la que la había dado cuerda el día ántes, estaba todavía entre sus dedos crispados; sin duda que momentos ántes de morir había querido revisar su obra, admirarla, añadirle tal vez alguna nueva mejora. La vida del artífice y el movimiento del reloj habían cesado en un mismo punto, como si á ambos los sustentara y dirigiese una misma alma.

Cuando dos siglos despues, en 1585, se substituyó á la informe máquina del alemán Enrique de Vic otra algo ménos imperfecta, un poeta jurista tuvo la feliz idea de estampar encima de ella este dístico que todavía se conserva como una saludable lección de justicia fundada en la exacta división del tiempo:

*Machina quæ bis sex tam juste dividit horas
Justitiam servare monet legesque tueri.*

A pocos pasos de esta torre, sobre el muelle, se halla la llamada de la *Conciergerie*, donde todavía se conserva la estancia á que fué trasladada desde la prision del Temple, la desgraciada reina María Antoneta. En la misma estuvo preso algunos días á lo que he oído, (no lo aseguro), el actual emperador de los franceses, durante el reinado de Luis Felipe.

En los barrios antiguos de París apenas puede darse un paso sin tropezar con algun sitio consagrado por la memo-

ría de algun hecho célebre: esta ciudad ha metido siempre tanto ruido en el mundo que su crónica particular es, algo mas ó algo ménos, conocida de toda persona medianamente instruida. Los franceses en fuerza de su actividad y de su fecundidad inauditas, han logrado que las cosas de su país sean mas conocidas en España, por ejemplo, que las nuestras propias: - creo que lo mismo ha de suceder en todos los países. A sus novelistas debe principalmente la Francia el privilegio de su asombrosa popularidad en el mundo. Pocos extranjeros habrá en París bastante ignorantes para pasar por la calle de la *Ferrière* sin buscar en ella el sitio en que el puñal de Ravaillac traspasó el noble corazón de Enrique IV; pocos pasarán por delante de la gran fachada del Louvre que mira al río sin buscar la ventana maldita, fácil de reconocer por su restauración reciente, desde donde Carlos IX dió la señal de la matanza de los desprevénidos hugonotes en la horrible noche de San Bartolomé.

Pocas veces he pasado por la calle de l' *Ancienne Comedie* sin entrar un momento en el famoso *café Procope* y sentarme á la mesa en que todas las tardes tomaba Voltaire lo que él llamaba un *veneno lento*,—muy lento, tan lento, que hacia ochenta años, decia, que lo estaba tomando y todavía no habia empezado á sentir sus efectos mortales: aquel veneno era el café. Allí se reunia la flor de los *beaux-esprits* de su época: aquel era el cuartel general de los enciclopedistas. Bajando hacia la calle *Dauphine*, cruzando el Puente Nuevo y penetrando en la calle de *Fossés-Saint-Germain*, se encuentra en el callejón de *Sourdís* la casa en que exhaló el último suspiro la hermosa Gabriela d' Estrées, el ídolo de Enrique IV.... y de tantos otros ántes que él.

En la plaza *Dauphine*, el fanatismo, y mas aun la rapacidad de Felipe el Hermoso, levantó la hoguera del gran maestro Santiago Molay y de sus valerosos templarios.

El nombre de la calle de la *Jusienne* (corrupción de l' *Egyptienne*, la Egipcia ó Gitana) recuerda una antigua leyenda que sin duda inspiró á Victor Hugo su deliciosa creación de la Esmeralda. La historia es la misma: trátase de una pobre y linda gitanilla, requerida de amores por un soldado, por un clérigo y por un miserable contrahecho, en quienes cualquiera reconocerá al capitán Febo, al Claudio Frolo y al campanero Quasimodo de Nuestra Señora de París. También la antigua *Jusienne* iba acompañada de una cabrita sospechosa, según dice la leyenda, y esta fué la ocasión de su desastrada muerte. Lo repito, la historia es la misma, pero vivificada en nuestros días por el genio de Victor Hugo.

En la calle de *Bievre* vivió el Dante, proscrito de Florencia por los güelfos vencedores. En la iglesia de los Celestinos está enterrado nuestro ilustre Antonio Perez, el desgraciado secretario de Felipe II, víctima de su lealtad. Otro noble recuerdo español encontraremos en el docto y austero recinto de la Sorbona, y es el de los triunfos escolásticos de nuestro gran padre Juan de Mariana en las disertaciones públicas de esta célebre escuela de teología, entonces la primera del mundo.—En el cementerio del padre Lachaise yacían hasta su reciente traslación á España, con los del malogrado Donoso, los restos mortales de Moratin.

A pocos pasos de la calle del *Four Saint-Honoré* se ven todavía los arcos llamados *Piliers des Halles* (pilares de los mercados), tan afamados en la historia de París, y detrás

de ellos, á pocos pasos también, se ve la casa en que nació Molière, fácil de reconocer por la inscripción y el busto del gran poeta, que la adornan. ¿Qué extranjero culto querrá dejar á París sin ir á saludar con respeto y cariño la cuna del autor del *Misántropo*? Muy cerca de aquel sitio, otro objeto de curiosidad atrae necesariamente á todas las personas de gusto, y es la elegantísima fuente que se alza en medio del mercado de los Inocentes, toda decorada con preciosos bajo-relieves de Juan Goujon.

La primorosa iglesia de *Saint-Germain l'Auxerrois*, empezada en el siglo XIII y concluida en el XV, verdadera joya de arquitectura gótica, aunque ménos pura que la *Sainte-Chapelle*, y admirablemente restaurada, como esta, de poco tiempo á esta parte; la torre aislada de *Saint Jacques-la-Boucherie*, de principios del siglo XVI, y cuya restauración se está haciendo ahora cabalmente para que sea uno de los muchos ornatos de la gran calle de Rivoli; la Casa de la Ciudad (*Hotel de Ville*), monumento arquitectónico de gran mérito, y tan lleno de recuerdos que bien puede decirse que en él está compendiada la historia de París; la catedral (*Notre Dame*) cuya primera piedra asentó á mediados del siglo XII el papa Alejandro III, y á la que ha dado una indecible juventud y como una vida nueva el soberano ingenio de Victor Hugo; las iglesias del *Val de Grace* y de Santa Genoveva con sus magníficas cúpulas, pintadas aquella por Mignard, esta por M. Gros; el palacio del Luxemburgo, residencia primero de María de Médicis y luego de tantos poderes efímeros, ya cárcel, ya cámara de los pares, hoy Senado!... todos estos edificios y otros cien que podría citar están poblados, como decia ántes, de recuerdos llenos de interés para el historiador, para el filósofo, y sobre todo para el poeta. No creo que haya bajo este punto de vista, otra ciudad mas poética en el mundo, aunque sin duda las hay que lo parecen mas, por ser mas pintorescas ó por poseer algun especial mérito de situación ó clima, como Granada, Venecia, Nápoles ó Sevilla. Ninguna de estas poblaciones, y ninguna otra del mundo, si se exceptúa á Atenas y á Roma, habla tanto á la imaginación como París, porque en ninguna han pasado tantas y tan grandes cosas como aquí, ni se conservan tan bien ni en tanto número testimonios patentes de aquellas cosas pasadas. Otras ciudades han tenido una época dada en la que han brillado mucho, eclipsando á las demas: París ha brillado constantemente; por eso conserva innumerables monumentos de todas las edades, á que *va unido algun recuerdo*. Desde el palacio de Cluny, edificado en el siglo XV sobre las ruinas del que habitaban los antiguos emperadores romanos, hasta la plaza de la Concordia, donde todavía cree uno ver levantarse como un sangriento espectro el cadalso de la Revolución, París ofrece en su vasto recinto al observador estudioso, materia para una no interrumpida serie de meditaciones continuadas al través de los siglos. Cada edificio es un capítulo del elocuente curso de historia antigua, de la edad media y de la moderna que la arquitectura ha ido escribiendo aquí con piedras en el suelo mas fielmente que los analistas con letras sobre el papel.

EUGENIO DE OCHOA.



MOISÉS ANTE LA ZARZA ARDIENDO.

Sucede con ciertos genios lo que con todas las cosas grandes de la naturaleza, como las montañas, los precipicios, los volcanes, el mar, que no podemos considerarlos sin una especie de admiración parecida al espanto, y que nos da una idea aterradora del poder de Dios y de nuestra flaqueza.

Así sucede con la imponente figura de Moisés que nos aparece tan luminosa y tan gigantesca en medio del gigantesco Egipto arrancando á las tribus de Israel á una esclavitud de dos siglos, llevándolas al través de las arenas del desierto, del hambre, la sed y la rebelión á las hermosas llanuras de Canaan, creándoles un culto, una legislación, un imperio, una historia, y abriéndoles de un solo empuje aquellos grandiosos destinos que hicieron de ellas uno de los primeros pueblos del mundo.

Jamás la intervención de la Divinidad se manifestó mas magnífica, mas irresistible que en el establecimiento de la nacionalidad hebráica. Entre los hijos de los hombres á ninguno puso el Señor en la frente un sello mas brillante que á Moisés. Ninguno abarcó mas que él todas las luces, todas las fuerzas, todos los diversos poderes del genio, ni impuso á los pueblos con mas autoridad las voluntades de Dios, de que era el intérprete.

José, hijo de Jacob, había muerto hacia mucho tiempo, y los Faraones, olvidando lo que había hecho por el Egipto y la gratitud que debían á su posteridad, tenían á los israelitas reducidos á una dura esclavitud, y los sacrificaban por generaciones enteras, empleándolos en la construcción de aquellas obras colosales y estériles, cuyas piedras todas estaban amasadas con sudores, lágrimas y sangre, cuando pensó Dios en cumplir la alianza que había concertado con Abraham, Isaac y Jacob, é hizo nacer de Amraam y de Jacobed, en medio de las persecuciones y de los peligros mas inauditos, un niño que cobijó bajo sus alas, que hizo crecer en medio de sus enemigos, y á quien instituyó su venganza y el ejecutor de sus promesas.

Receloso del rápido incremento de la población israelita que se multiplicaba sobre el suelo de Egipto á despecho de los trabajos y de las fatigas de la esclavitud, el Faraon que reinaba por los años 2464 del mundo, mandó que todos los hijos varones que les naciesen á los israelitas fuesen echados al Nilo. La madre de Moisés lo tuvo escondido tres meses, y lo crió en secreto, hasta que temerosa de las pesquisas de los egipcios lo metió en una cuna de mimbrés, calafateada de betun, y lo confió sobre el Nilo al ojo del Señor. María, hermana del niño, se quedó en la margen á observar lo que pasaba. La hija de Faraon, Termutis, que iba á bañarse segun su costumbre en aquel sitio, ve la cuna, la hace recoger, toma el niño en sus brazos, y penetrada de una súbita inspiración, se lo lleva al palacio de los Faraones, y lo presenta á su padre á quien comunica su compasión y su entusiasmo.

En vano el niño Moisés, sobre cuya frente ha puesto el rey por broma su corona, la derriba y despierta con este presagio los terrores del palacio, Termutis lo cria con par-

ticular cariño, y pronto su inteligencia bendita de Dios abarca y domina todas las ciencias egipcias.

Y todas las honras le rodeaban, y cuantos le cercaban depositaban á sus pies todo lo que puede satisfacer á una ambición humana. En vano el poder derrama sobre Moisés todos sus favores. Moisés en su prosperidad no ve mas que la desgracia de sus hermanos, y no comprende en su propia elevación mas que la esclavitud de ellos. Su compasión á aquellas desgraciadas tribus aumenta al mismo tiempo que su odio contra sus opresores; y estos dos afectos fermentan tan enérgicamente en su alma, que un día, viendo á un egipcio maltratar á un israelita, no puede contener la generosa indignación que lo arrebata, y venga á su hermano. Pero no tarda en descubrirse la muerte del egipcio, y Moisés precisado á huir se interna en la soledad. Gentró lo acoge bajo sus tiendas y le da su hija Raguel, y le confía la guarda de sus rebaños. Moisés tenía entonces cuarenta años.

Otros cuarenta años pasa en el desierto meditando profundamente sobre las miserias de Israel construyéndole en su pensamiento una libertad, un poder, una gloria de que le dotará andando los tiempos y aguardando la orden del Señor con aquella imperturbable paciencia de los patriarcas, para quienes los años no eran nada, porque su mirada profética abarcaba los siglos.

Al fin llegó aquella orden de Dios.

Un día en el fondo mas misterioso de la soledad, junto al monte Horeb, Moisés, separándose de sus ganados empezaba á engolfarse en su eterna meditación, cuando de repente empieza á arder á su vista una gran zarza y de aquella zarza que arde sin consumirse ve salir una de aquellas apariciones que nadie puede decir, porque nadie las ha visto mas que los elegidos del cielo.

Era el Señor.

«Te he elegido, dijo á Moisés, para libertar á mi pueblo: «Vé, pues, y dí á Faraon que le abra las puertas del Egipto »porque yo lo mando, yo que soy el Señor Dios.»

Moisés que no tiene todavía aquella enérgica y ardiente fé que le hizo abrir algun día las aguas del mar Rojo, titubea y pregunta porqué signo reconocerá en él el rey de Egipto, al enviado del Señor: «Vé, hijo de Amraan y de Jacobed: vé y yo te guiaré.»

Al mismo tiempo el Señor se revela aun mas visiblemente á su enviado por la milagrosa trasmutación de su vara en serpiente, y por la repentina curación de una lepra que en un punto blanqueó su mano.

Entonces comprende Moisés que ha llegado la hora de comenzar su santa misión de libertar al pueblo de Israel. Sale de la soledad donde ha madurado sus sublimes esperanzas, entra en el Egipto y se presenta á Faraon que era el tercer rey que había tenido el Egipto desde la fuga de Moisés.

No entra en nuestro propósito el escribir hoy la historia de la libertad del pueblo de Israel, su larga peregrinación de cuarenta años, atravesando, conducido por Moisés, la extensión del país que existe entre el delta del Nilo y la Palestina; ni el hablar de la legislación que recibió durante su emigración, la legislación mas poderosa que jamás pudiese darse á los hombres. Moisés, con quien siempre estuvo el Señor, terminó su misión, dejando á su pueblo á la vista de la tierra prometida, muriendo á los ciento veinte años de

su edad en el momento en que Israel ya no necesitaba de un juez y de un legislador, sino de un caudillo militar que acabase por la espada la obra comenzada por la palabra y por la religion.



Moisés ante la zarza ardiendo.

El célebre Carlos Lebrun inspirado por el pasage del Exodo en que se refiere el prodigio de la zarza ardiendo, compuso en el siglo XVII un magnífico cuadro cuya copia presentamos hoy á nuestros lectores, y que es uno de los que mas fama y gloria han dado al pintor favorito de Luis XIV.

EL CONDE DE FABRAQUER.